

puede estar. Lo cual si es difícil de aceptar en cuanto a la totalidad, es en cambio irreprochable en cuanto a cada estrofa en particular. Ya en el examen, Spitzer no ha cuidado tanto de devolver a la sucesión de estrofas el orden que Berceo les diera, sino el que les pudiera haber dado el arquetipo de "poeta medieval", tal como este sugestivo historiador lo concibe, que además hubiera cumplido aquí sin residuo el arquetipo de "composición medieval", tal como la filología moderna lo entiende. Posible sí que lo es, pero no probable en tal extremo. La crítica todavía tiene pues que pronunciarse sobre lo razonablemente seguro, lo probable y lo sólo posible en estas reordenaciones. Pero no es la intención de esta nota empezar la crítica proponiendo una nueva reordenación, ni menos regatear a Leo Spitzer nuestro aplauso, sino llamar la atención de nuestros colegas sobre su nota y reforzarla en general, ya que no en cada una de sus proposiciones, con la aducción de los tres intentos anteriores.

J. B. TREND

Cambridge.

SANCHO SALDAÑA Y DON JUAN

Característica común a los varios personajes que solemos llamar "Don Juan", y especialmente a los creados en el siglo XIX, es su desdén por las convenciones, reglas o disciplinas. El Sancho Saldaña de Espronceda es, a esta luz, un Don Juan que se mueve, sin cortapisas, tras sus apetencias.

Lo que le distingue esencialmente del protagonista de Zorrilla es el porqué de su desordenada conducta. A Tenorio lo domina su vitalidad desbordante, su ilusión del presente y del futuro próximo: la mujer a quien conquistar, el adversario a quien matar, el compañero a quien vencer en el juego. En Sancho Saldaña, por el contrario, violencias, engaños y muertes obedecen al deseo de acallar el pasado, de negarse a sí mismo, de olvidar:

... En la flor de su edad, alma árida como la arena y velado ya el rostro con la sombra de los sepulcros. En vano buscaba en las diversiones que su opulencia podía ofrecerle el alivio a sus penas que deseaba... Fastidiado de los placeres se entregó a toda clase de vicios para sepultar en el delirio del juego o de la embriaguez el tormento que le hostigaba.

Pero ni la ganancia le alegraba ni la pérdida le entristecía... mientras el vino... le entregaba más profundamente a todo el horror de sus pensamientos¹.

¹ José de Espronceda, *Sancho Saldaña o el Castellano de Cuéllar*, Madrid, 1870, vol. I, págs. 95 y sigs. (Primera edición, 1834.)

A ambos les llega, sin embargo, el deseo de regenerarse. En el *Don Juan de Zorrilla*, el amor a Inés de Ulloa²

Empezó por una apuesta,
siguió con un devaneo,
engendró luego un deseo,
y hoy me quema el corazón.

En Sancho Saldaña, en cambio, el encuentro con la salvación obedece a un reflexivo proceso:

Entonces fué cuando, siguiendo el impulso natural del hombre de buscar su felicidad, recordó a su olvidada Leonor, propuso reformar su vida, halagó un momento sus penas con las dulces memorias de juventud, y el recuerdo de los días que llenó de goce íntimo el inocente fuego del amor puro a vista de su hermosura.

Como Tenorio, Sancho había sido en sus años juveniles destinado para esposo de su amada. En la obra de Zorrilla el compromiso se mantiene hasta la escena de la apuesta en la taberna, que hace que ambos padres lo rompan horrorizados. En la de Espronceda, la causa de la ruptura es la política, que coloca en bandos opuestos (Alfonso X y Sancho el Bravo respectivamente) a don Ramiro, padre de Leonor, y a Saldaña. En ambos casos, pues, los protagonistas tienen que franquear un obstáculo, el de la oposición familiar, para alcanzar el ansiado paraíso. De ahí, en el *Don Juan Tenorio*, las escenas claves de la obra dramática, que presentan el desesperado esfuerzo del vencedor de siempre para rendirse ante el padre de su novia y conseguirla con este sacrificio. Sus promesas de un futuro sin tacha no son aceptadas porque está demasiado cercano el bochornoso pasado y sobre todo el presente, una hija raptada del convento. Ahora bien, esta escena tiene tal similitud con la correspondiente en la obra de Espronceda, diez años más antigua, que evidentemente está copiada en sus rasgos principales. En la novela el padre de ella es algo más paciente porque no ha habido, como en el caso del Comendador, ofensa previa y si sólo una posición política distinta. He aquí ambas versiones:

Sancho Saldaña

D. RAMIRO: ¿A qué viene ese malsín, ese traidor a su rey? ¿Viene a insultarme?
... Conmigo es imposible toda reconciliación.

Don Juan Tenorio

D. GONZALO: ¿Adónde está ese traidor?

² José Zorrilla, *Don Juan Tenorio*, primera parte, acto II, escena 9; acto IV, escenas 9 y 10. (La obra se estrenó en 1844.)

D. SANCHO: ¿Y si dependiese de ella la felicidad de un joven... si dependiera de vos que un alma se ganara todavía para el cielo en vez de que, entregándola a la desesperación, quede abandonada a todas asechanzas de Satanás?

D. RAMIRO: Hablad, pues...

D. SANCHO: Yo amo a Leonor.

D. RAMIRO: Se que la habéis amado, continuad.

D. SANCHO: La he amado, sí, pero nunca como ahora que veo en ella sola el reposo y la paz de mi vida. Yo vivo ya mucho tiempo fatigado y harto de cuanto bueno y malo me rodea; el mundo es más viejo para mí, a pesar de mis pocos años, que lo es para vos al cabo de vuestra edad: todo está usado en él: nada hallo sincero en la naturaleza;... nada me inspira un sentimiento nuevo; sólo Leonor es el único objeto que puede inspirármelo, sólo ella puede volver a mi alma la sensibilidad que ha perdido.

D. RAMIRO: Joven ¿sabéis lo que me pedís? Nunca mi sangre se mezclará con la vuestra así como la lealtad no se ha mezclado nunca con la traición.

D. SANCHO: Ved, señor, que va mi dicha en vuestras palabras.

D. RAMIRO: Os compadezco, pero no penséis más en Leonor.

D. SANCHO: ¿Y me abandonáis así a mi suerte?... ¿desecharéis mis súplicas y me dejaréis en el camino de la perdición?

D. RAMIRO: Basta, basta... y en verdad que es humillante para un hombre de vuestro linaje abatirse delante de un enemigo.

D. JUAN: ... Comendador, yo idolatro a doña Inés, persuadido de que el cielo me la quiso conceder para enderezar mis pasos por el sendero del bien.

Su amor me torna otro hombre regenerando mi ser, y ella puede hacer un ángel de quien un demonio fué.

D. GONZALO: ¡Nunca, nunca! ¿Tú su
(esposo?)
Primero la mataré.

D. JUAN: ... Míralo bien, don Gon-
(zalo,
que vas a hacerme perder
con ella hasta la esperanza
de mi salvación tal vez.

D. GONZALO: ¿Y qué tengo yo, don
(Juan,
con tu salvación que ver?

En ambos casos vemos al seductor reaccionar desesperado. Él ha intentado regenerarse. Si no lo consigue, sus futuros pecados deben caer

sobre quien no le ha prestado una mano generosa en el momento en que él la pedía de rodillas.

D. SANCHO: ¿Queréis serlo? . . . pues bien, sobre vos caigan los nuevos crímenes que me haga cometer la dureza de vuestro corazón; sobre vos caigan las maldiciones de un joven perdido en lo mejor de sus años y condenado en vida a todos los tormentos del infierno.

D. JUAN: Basta pues de tal suplicio.
. . .Y venza el infierno, pues,
Ulloa, pues mi alma así
vuelves a hundir en el vicio,
cuando Dios me llame a juicio,
tú responderás por mí.

Penn State College.

FERNANDO DÍAZ-PLAJA